



LAURA



Quien más, quien menos, todos llevamos prendido en el recuerdo de nuestra existencia el momento alegre y alado de alguna primera vez.

La primera ve que fui a bañarme al mar... era niño todavía. Un colegial sin malicia, ingenuo; casi excesivamente. Ibamos a la playa todos los de la escuela. Niños a una parte, niñas a otra, muy lejos. El día que descubrí que ya sabía mantenerme a flote y que podía bracear y nadar por mi voluntad, se enteró toda aquella promoción escolar. De pie, dentro del agua, como un nuevo Arquímedes grité: ¡Ya sé nadar! ¡Ya sé nadar! Aquel día le había ganado un tanto a mi apocamiento. Quizá, por primera vez.

Otro momento inicial lo fué cuando estuve a pasar unos días en un pueblecito de la alta montaña, en mis jóvenes otoños.

Luego, otro recuerdo iba a ocupar su lugar señalado en mi existencia. El del primer baile en el clásico entoldado de Fiesta Mayor. No importaba que llevara mucho tiempo asistiendo al baile semanal de cierta sociedad y que por este motivo contara con una notable lista de oponentes femeninos. El caso era que mi primer baile de entoldado se me aparecía de mucho empaque, distinguido, ausente de aquella llaneza usada en los bailes semanales entre los asiduos concurrentes.

De momento, era imprescindible acudir correctamente vestido. La ética social, señalaba el uso de la americana además del uso de la corbata, en defensa de la elegancia masculina frente a la delicadeza femenina. De ahí que por primera vez mi porte tendría que ser revisado escrupulosamente como si se tratara de una revista de Comisario. Mi primer baile de entoldado de Fiesta Mayor lo exigía, y las presuntas caras nuevas lo demandaban.

Y una de ellas fué Laura. Era forastera en la ciudad, en el concierto, en la terraza, en las sardanas, en el Paseo y en el entoldado. Era forastera en la Fiesta Mayor; el encanto de los desconocidos para los del pueblo, especialmente para los muchachos. Pero éstos pronto se cuidarían de descifrar el mundo que se escondía tras la persona de Laura. ¿Y por qué yo no tenía que contarme entre éstos?

Pude escribir mi nombre en el carnet que Laura me ofreció muy galantemente. Y pude escribirlo en dos bailables de los preferidos, de los no ruidosos, de aquellos bailables que sin necesidad de voces pegajosas, podían expresar toda la exquisitez de unas melodías sencillas y auténticamente espirituales.

Mas, a pesar de contar con tan valiosos recursos, cuando ya me encontraba bailando con Laura, no acertaba a cumplimentarla con mi palabra. Quería tomar ejemplo de cuando yo bailaba con mis oponentes de cada domingo y no obstante me sentía defraudado. Pensaba en lo que podían decirle mis amigos cuando los veía bailar con ellos, sonrientes, pero no lograba presumirlo. ¡Pensar que el diccionario estaba formado por miles y miles de palabras y yo

no conseguí coordinar ni una pésima frase para aquella simpática forastera!

Laura no quería tomar ninguna iniciativa, que en realidad no le correspondía. Ante aquel fracaso, me hice la resolución de presentarme con la lección aprendida para el día siguiente. Laura no se sentiría defraudada de mi amistad.

Un montón de frases se daban turno en mi pensamiento: — ¿Se ha divertido mucho en su primer día de Fiesta Mayor? ¿Le gusta San Feliu? ¿Tiene usted parientes aquí? —. Así por el estilo, se iban apretujando las cosas que yo creía las mejores para soltarlas en mis bailes futuros con Laura. Pero la realidad fué muy distinta. Al acudir el segundo día al entoldado, notamos la no comparecencia de la gentil forastera. Pensamos que por tratarse del baile de tarde ella prefería sacrificarlo en beneficio de otras diversiones y que por la noche volveríamos a disfrutar de su alegre presencia. Pero nuestra esperanzas se vieron defraudadas: Laura no volvió a ningún otro baile del entoldado ni se la vió más por la ciudad, requerida su presencia cerca de su familia por causas que nunca llegaron a nuestro conocimiento.

Continué bailando con mis habituales compañeras y hasta con alguna otra forastera, sin que éstas me borraran el recuerdo de Laura, con la particularidad de que con ellas la palabra me salía fácil, pero insulsa. Así llegamos a los últimos momentos del último baile de aquel primer entoldado de mi juventud. Aquellos momentos que son presentidos con más seguridad, porque los empleados ya llevan bastante rato despojando el recinto de adornos y telas coloreadas, cuando todavía el último vals de la Fiesta Mayor se esparce por todo aquel ámbito de ilusiones.

Salimos al exterior cuando amanecía. Cuando los primeros vencejeos van poblando el espacio con algún chillido todavía quedo. Empiézase a ver algún ser madrugador atravesar alguna calle, camino de algún quehacer cotidiano e ineludible. Cada uno de nosotros va llegando a la puerta de su hogar, con el peso de un fin de fiesta nostálgico y con la carga de un sueño aplastante. Nuestras despedidas son a un año vista, aunque al cabo de ocho días volvamos a bailar con las jóvenes compañeras de quienes nos vamos despidiendo. Pero los bailes de Fiesta Mayor son únicos, excepcionales.

Y aquel lo fué todavía más, para mí, porque siendo mi primer baile de entoldado, conocí y desconocí a Laura, de quien tuve el inefable placer de la concesión de dos bailes. Dos bailes que me trajeron la ingenuidad de un escolar, de un escolar que no sabe estructurar ni una torpe frase. Dos momentos en los cuales la razón, el entendimiento, se entorpecen ante la espontaneidad de una gracia como la de aquella forastera.

Y quizá porque aquella gracia quedó en lo ignorado, es por lo que también quedó prendida en el recuerdo de mi existencia. Y no solamente como una primera vez, sino también como una única vez, porque nunca más volví a ver a Laura.